

Al Cierre

Atentado Terrorista en Londres



Un día después de anunciarse que Londres sería por tercera vez la organizadora de los Juegos Olímpicos de 2012 –antes en 1908 y 1948- potentes explosiones en el transporte público de la ciudad empañaron la alegría de los ingleses. Como fue en Madrid, el 11 de marzo de 2004, las mortíferas cargas fueron detonadas en el momento de más tránsito, y al contrario del acostumbrado estilo terrorista de la ETA y el IRA, sin previo aviso. Hasta el momento de redactar estas notas los muertos sobrepasan el medio centenar y los heridos, varios de gravedad, los 700.

Este golpe terrorista tiene un perverso valor agregado: en la ciudad escocesa de Gleneagles se reunía el Grupo de los Ocho, las naciones más poderosas del planeta, y los temas principales tratados eran la condonación de la deuda externa, precisamente, a los países más pobres, y la lucha para preservar el medio ambiente. Hasta allí se había desplazado un ejército de 10, 000 policías y agentes secretos.

Las detonaciones duraron 56 minutos entre la primera y la última. Particularmente siniestro fue hacer estallar un ómnibus repleto de pasajeros, y las imágenes, elocuentes por sí mismas, muestran el alto poder explosivo de la carga y la clara intención de cobrar un alto número de víctimas inocentes. Algunos analistas lo consideraban como el peor ataque con bombas ocurrido en la ciudad desde la II Guerra Mundial, cuando la capital del Reino Unido fue sacudida, día y noche, por los bombardeos alemanes.

El portavoz de Scotland Yard, a unos días del suceso, no dio pistas sobre los probables perpetradores, pero casi descartó al IRA (Ejército Republicano Irlandés) quién no solo sólo avisaba con antelación; existen conversaciones de paz y negaron de inmediato implicaciones en el siniestro. No se descartaban tampoco suicidas con bombas, como los que operan en Irak, pero las evidencias señalaban más hacia el *modus operandi* de los terroristas en Madrid: cargas explosivas colocadas en mochilas y accionadas a distancia.

Líderes de todo el Mundo han condenado los sucesos. La Iglesia Católica también. Desgraciadamente, como también sucedió cuando las Torres Gemelas en Nueva York o las estaciones del metro en Madrid, algunas personalidades han aprovechado el hecho para cuestionarse la lucha contra el terrorismo o el papel de Gran Bretaña en Irak. Otros, y de modo muy llano, han declarado su apoyo a quienes así actúan. Sobre tales declaraciones en momentos tan tristes no vale la pena comentario alguno.



El terrorismo, que no tiene signo ideológico ni político, es un peligro para todos. En esta ocasión volvió a golpear a la gente sencilla. Y como cada terrorista es él solo un ejército, nadie queda a salvo de sus acciones. Mañana puede ser París o una ciudad de Latinoamérica, África o Asia. Ante ello no cabe otra aptitud ética que la condena absoluta, y la cooperación incondicional para evitar nuevas víctimas. Lo demás sobra, por el momento.